

## CAPITULO XXVII.

Disensiones entre Aguilar y Bezons.—Villadarias sustituyendo á Aguilar en el mando del ejército de Cataluña.—Funesta batalla de Zaragoza.—Entra en esta ciudad el Archiduque.—Felipe vuelve á Madrid.

El ejército español que mandaba en Cataluña el de Aguilar se hallaba en frecuentes disputas con las tropas francesas, á cuyo frente estaba el mariscal Bezons. Esta disposición de los ánimos en el ejército de Felipe V no era desconocida para el general enemigo, conde de Staremberg, y aprovechándola, atacó de improviso á Balaguer, que se le rindió con tres batallones, sin que el ejército franco-español, que estaba á la vista, hiciera nada para impedirlo; porque Bezons, que según decía sólo tenía órdenes de estar á la defensiva, se retiró en el momento del combate, recelando que las armas españolas se volvieran más bien contra los franceses que contra los aliados.

Acontecimientos de esta naturaleza son de temer siempre, pues las fuerzas de uno y otro bando tenían entre sí la rivalidad que de muy antiguo ha existido entre ambas naciones; los generales se disputaban el mando, y cada uno quería ser acreedor por completo del éxito que se consiguiera y merecer en absoluto los honores de la victoria.

Penosa impresión produjo en Felipe este reves, ocasionado por las disidencias de aquellos dos jefes militares.

Sea por esta razón, sea porque la Reina y la princesa de los Ursinos, á quienes el de Aguilar merecía pocas simpatías, incluyesen en el ánimo del Rey, lo cierto es que fué llamado á la corte y nombrado en su lugar, para llevar la dirección del ejército de Cataluña, el marqués de Villadarias.

Ambicioso y altivo el conde de Aguilar, y señor de los Cameros, era indudablemente el más entendido de los generales españoles para la formación y organización de ejércitos, por cuya circunstancia, aunque muy joven todavía, se le encargó del manejo de todo lo relativo al ministerio. Conociendo esto la Reina y la sagaz princesa de los Ursinos, quisieron atraerle á su partido, ofreciéndole con cariño que volvería al mando del ejército. Como, según ya hemos dicho, él era ambicioso, pidió primeramente que se le diera la presidencia de las Órdenes, lo que no pudo lograr porque la tenía el duque de Veraguas, que era muy querido y apreciado de la Reina. Entonces el de Aguilar exigió que se le aumentaran sus rentas y estados con los de la corona, sin embargo de que ya poseía una renta de veinticuatro mil ducados. No satisfaciéndole las reflexiones que la Reina le hacía acerca de la penuria y estrecheces en que la corona se veía, se retiró á sus estados de la Rioja.

Por este tiempo se descubrió que el duque de Medinaceli, el cual, como ya llevamos dicho, estaba al frente del Gobierno, se hallaba en connivencia con los enemigos, mediante ciertas cartas de su correspondencia que fueron sustraídas hábilmente por la de los Ursinos.

Llamóle el Rey, le mostró aquellas cartas, y turbándose el Duque, ni á un supo dar una excusa. Al salir de la cámara real fué entregado al sargento mayor de guardia, y conducido al alcázar de Segovia.

Levantóse gran clamoreo en la corte por haberse hecho la prisión del de Medinaceli sin formarle causa, como procedía. Entonces S. M. dispuso se instruyese, é interin que el Duque fuese trasladado al castillo de Pamplona, en donde á poco murió.

A más de este elevado personaje, el Rey sabía que otros muchos se hallaban en connivencia con el enemigo; pero disimulaba y callaba temiendo dar publicidad según que le convenía ó no, pero ya prevenido observaba cuanto hacían. Con el Duque llevó hasta el extremo su rigor, siendo como era uno de los que más confianza le habían inspirado y á quien más atribuciones había conferido.

El marqués de Villadarias, conceptuado el mejor ingeniero español de aquel tiempo, no gozaba, sin embargo, gran reputación de militar desde el desgraciado sitio de Gibraltar.

Así se hizo entender al Monarca; pero se mostró obcecado de tal manera, que persistió en que se pusiera al frente del ejército; disponiéndose el mismo Rey á acompañarle en la campaña.

En efecto, dejando el gobierno á cargo de la Reina, salió el Rey de Madrid el 3 de mayo de 1710, y llegando á Lérida, tuvo allí consejo de guerra. Acordado que el ejército se dirigiese á Balaguer, el 15 de mayo atravesó el Segre y acampó en los llanos de Termens. Convencido el rey Felipe y aconsejado por el general Berboon de que eran inexpugnables las posesiones que ocupaban los enemigos, y que sería inútil empresa acometerles en sus trincheras, retrocedió el Rey, y repasando el Segre, se situó entre Alguayre y Almenara.

Hubo largas discusiones entre los generales sobre si podía ó no atacarse sin riesgo de perderlo todo, y aunque los más opinaban, como Berboon, que era imposible obtener la victoria, el de Villadarias, que opinaba lo contrario, manifestó que sería una cobardía rehuir la batalla. Entonces, picados todos en su amor propio, la pidieron, y emprendiendo la marcha llegó nuestro ejército á ponerse á tiro de fusil de los aliados, que permanecieron tranquilos é inmóviles en sus líneas causando grandes destrozos á los que los atacaban, sin que la infantería pudiera ofenderlos ni maniobrar la caballería.

Dióse la batalla el 13 de junio, y entonces se vió que tenía razón Berboon. Los aliados se mantuvieron firmes en sus líneas, mientras que las tropas de Felipe tocaron retirada con pérdidas considerables, y no paró hasta colocar su campo entre Ibars y Barbenys. De allí á poco lo levantó, retirándose á Lérida.

La derrota sufrida dió ocasion para que los generales manifestaran al Rey que con jefes como Villadarias, en los que sólo se advertía grande valor y arrojo, sólo se conseguiría comprometer por completo el ejército.

Antes de replegarse envió gruesos destacamentos al interior de Cataluña, con objeto de recoger trigos y ganados y con el fin de interceptar los convoyes al enemigo y sorprender algunas fortalezas.

Para remediar en lo que se pudiera los descalabros sufridos, y viendo el Rey que no tenía generales para oponerse á los de los aliados, Staremberg, Belcastel y Stanhope, llamó al marqués de Bay, que mandaba en la frontera portuguesa, mientras el de Villadarias se retiró á su casa.

Unido el marqués de Bay al ejército del Rey, se encaminaron hacia el Aragón.

Ya allí, cerca de Zaragoza, viéndose acosado Felipe por el ejército del Archiduque, que venía picándole la retaguardia, mandado por Staremberg, no tuvo más remedio que detenerse, y formándose en batalla, apoyó su ala izquierda en el Ebro y la derecha en Monte Torrero.

Trabóse el combate el 20 de agosto de 1710, empezando el fuego la artillería. A poco, generalizada la lucha, la caballería de Felipe los arrolló en tales términos que los hizo retroceder hasta el Ebro, y estuvo á pique de caer prisionero el Archiduque, que se hallaba en una casa próxima á la Cartuja. Los que capitaneaba éste lograron entre tanto romper el centro de los de Felipe, y tal destrozo hicieron en sus filas, que sobre el medio día ya contaban por suya la victoria.

Y así era; más de cinco mil muertos y dos mil quinientos heridos, treinta piezas de artillería y tres morteros, con ochenta y seis banderas, fueron los despojos que en la funesta batalla de Zaragoza dejó el ejército de Felipe.

En la relación que los enemigos imprimieron en Zaragoza se hacían subir las pérdidas sufridas por el ejército real á cinco mil muertos y dos mil quinientos heridos, entre ellos seiscientos oficiales desde alférez á general y treinta piezas de artillería; se decía que se les habían pasado y tomado partido con ellos más de ochocientos caballos, y que cada día les llegaban otros muchos. Añadían, con objeto de excitar los ánimos de los aragoneses, que aquel mismo día hacía tres años se había instalado en Zaragoza la Real Chancillería, y sujetados los aragoneses á la legislación castellana con derogación de sus fueros y libertades.

Mientras que el marqués de Bay quedaba rehaciendo su destruido ejército, el rey Felipe se retiró á marchas dobles á Madrid, donde entró el día 24 de agosto.

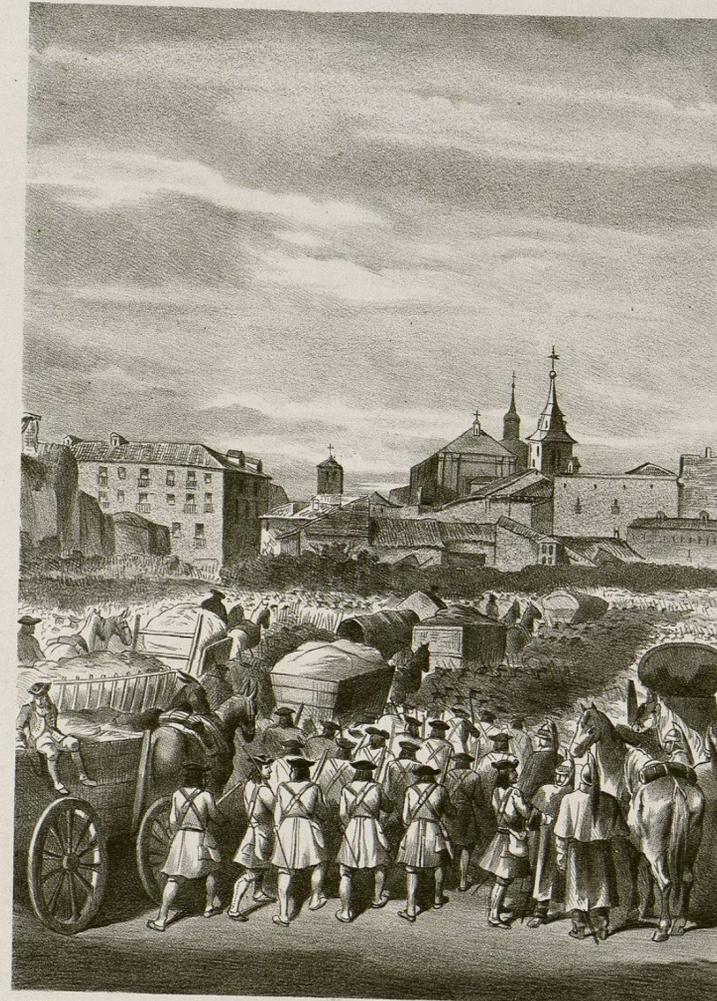
El archiduque Carlos entró en Zaragoza el 21, día siguiente al de la batalla. Nombró justicia mayor de Aragón, gobernador interino del reino y diputados de los cuatro brazos. Instaló diversos consejos y la Audiencia, y expidió un decreto por el cual derogaba todo lo que se había hecho por orden del duque de Anjou, como ellos solían llamar al rey Felipe V.

Dispuso también que sus oficiales reconocieran el castillo de la Aljafería, y en él encontraron multitud de prendas de vestuario y provisiones de guerra, en abundancia balas, bombas y pólvora, cañones, fusiles y carabinas.

No supo aprovecharse el Archiduque de esta memorable batalla. En vez de haber perseguido al enemigo para acabar de destruirle, se detuvo en Zaragoza seis días entretenido en adoptar las medidas de que va hecho mérito, y todavía invirtió otros cinco días en discutir con sus generales acerca del partido que convenía tomar.

Entre tanto que unos eran de parecer que debía perseguirse al ejército derrotado de los contrarios antes de que pudiera rehacerse, otros eran de opinión que debía ocuparse á Pamplona y Fuenterrabía para cortar á los contrarios toda comunicación con Francia, cosas que le hubieran sido igualmente fáciles, especialmente lo referente á la ocupación de Pamplona que, mandada á la sazón por un siciliano pusilánime que desconocía por completo lo que obliga la defensa de una plaza, y que carecía del valor necesario para morir dentro de sus murallas antes que abatir el pabellón que defendía, habiendo manifestado algunos días antes en consejo de guerra que era necesario rendir obediencia al enemigo tan pronto como la pidiera para de este modo evitar los estragos y calamidades que un sitio trae consigo.

El general inglés Stanhope emitió su dictamen diciendo que al Archiduque le convenía pasar con todo su ejército á la corte, donde indudablemente produciría una influencia decisiva en el ánimo de los españoles en presencia de su soberano. El Archiduque abrazó este parecer, y el 31 de agosto se puso en movimiento con todo el ejército en dirección á la capital.



ENTRADA DE LOS AUSTRÍACOS EN MADRID.

## CAPITULO XXVIII.

Un rasgo del conde de Aguilar.—Trasládase la corte á Valladolid.—Entrada de los austriacos en Madrid.—Medidas despóticas que toman. Hazañas de Vallejo y Bracamonte.—El rey Felipe en Valladolid.

El conde de Aguilar, retirado en sus estados de la Rioja con motivo de sus resentimientos con la Reina, de que ya hemos dado cuenta, apenas tuvo noticia de la desgraciada batalla dada en las inmediaciones de Zaragoza, se vino á Madrid á ofrecer á su soberano su persona y sus servicios. Agradecido Felipe á este rasgo de hidalguía del de Aguilar, le encomendó desde luego la organizacion de un ejército.

El pueblo de Madrid dió en esta ocasion grandes pruebas de amor á sus Reyes, sin perjuicio de las que anteriormente les tenía dadas, y hubo magnates, como el inquisidor general D. Antonio Yañes de la Riva, arzobispo de Zaragoza, y el duque de Veraguas, á quienes costó la vida, segun Macanaz, el desastre de Zaragoza. ¡Tal y tan hondamente les afectó aquel suceso!

Preparóse Felipe á trasladarse á Valladolid con toda la familia real y los Consejos, noticioso de que los confederados venían hacia la capital. Antes de salir consultó con una junta compuesta de eclesiásticos y de D. Antonio Ronquillo, del Consejo y Cámara de Castilla, si podría en conciencia disponer de la plata de las iglesias, como lo habían practicado sus antepasados, y de las rentas de los espolios y vacantes. Respondió la junta que el Rey podía valerse de todo ello y aun de los vasos sagrados, pero que la medida, cuando iba á abandonar la corte, podría ser más dañosa que de provecho.

Por real decreto se mandó á D. Francisco Ronquillo, gobernador del Consejo de Castilla, que desde luego se recogiesen los frutos del arzobispado de Toledo y de otros.

El Consejo de Castilla representó inmediatamente que el Rey no podía poner la mano en tales frutos y rentas. Contestó el Rey á aquella representacion que lo que había mandado al Consejo era que se ejecutase lo que él había resuelto, no que diese dictámenes, pues no era de incumbencia del Consejo, y que extrañaba mucho que, sabiendo el gobernador del Consejo el dictamen dado por la junta que al efecto formó, con el parecer de teólogos competentes, se quisiera embarazarle cuando ya los enemigos habían tomado posesion de los párajes donde radicaban la mayor parte de los frutos y rentas de que se trataba.

Hízose, pues, lo que el Rey mandaba, aunque no fué mucho el socorro que de aquellas rentas se obtuvo.

El 9 de setiembre salieron los Reyes de Madrid, dejando el gobierno del pueblo á cargo del Ayuntamiento, y por corregidor á D. Antonio Sanguinetti. Doce días despues, el 21, entró en la capital lord Stanhope, saliendo á recibirle cuatro regidores en representacion de la villa. El 26 llegó el grueso del ejército aliado á Canillejas, adonde fueron á prestar homenaje al archiduque Carlos algunos grandes y prelados adictos á su causa, tales como el arzobispo de Valencia y el auxiliar de Toledo.

Extraordinariamente frío fué el recibimiento que el pueblo de Madrid hizo al archiduque Carlos cuando efectuó su entrada el día 28 del mismo mes. Al ver que la mayor parte de las puertas y balcones permanecían cerrados, y la escasez de las luminarias y el poco entusiasmo con que la muchedumbre acudía á presenciar su entrada, se penetró del disgusto y la violencia con que se cumplía el bando publicado para celebrar su entrada. Herido su amor propio, se volvió inmediatamente á su quinta, donde tuvo lugar el besamanos con que el 1.º de octubre se celebró el aniversario de su natalicio, puesto que aquel día cumplía los veinticinco años de edad.

Publicáronse por entónces muchas hojas sueltas, folletos y otros impresos en que se ridiculizaba la cachaza con que el Archiduque se proponía conquistar el trono de España, pues desde el 26 de agosto que salió de Zaragoza con un fuerte y triunfante ejército, necesitó más de un mes para llegar á Madrid.

Satirizábanse también á las personas que aceptaban algun cargo en los consejos y tribunales. Por todo esto, irritado el Archiduque y su gobierno, adoptó medidas sumamente violentas, que acabaron de enajenarle la voluntad de este pueblo. Dispuso, bajo pena de la vida, una requisita de caballos para formar un regimiento titulado de Madrid, cuyo mando se confirió á D. Bonifacio Manrique de Lara. Ordenó también que las familias de los que habían seguido al rey Felipe á Valladolid se trasladasen, en el término de cuatro días, á Toledo, como lo ejecutaron desde luego algunas, aun cuando fueron las ménos.

De estas y otras despóticas medidas eran los ejecutores el ya referido D. Bonifacio Manrique de Lara, el marqués de Palomares, D. Francisco de Quincoces, D. Francisco Alvarez Guerrero y otros, que eran el corregidor y alcaldes de Corte á nombre del Archiduque.

Pero lo que más irritaba al pueblo católico de España eran los sacrilegios y profanaciones que en los templos y objetos sagrados cometían las tropas del Archiduque, no sólo en Madrid, sino en Toledo y Guadalajara y en los demas lugares de sus inmediaciones. Llegaron á verse vendiendo por las calles de Madrid ornamentos y demas objetos consagrados al culto divino; impiedades que, ejecutadas por tropas que ademas de ser extranjeras eran anticatólicas, pusieron los ánimos del pueblo en tal disposicion, que de un momento á otro podía temerse una explosion.

A pesar de las considerables fuerzas con que el Archiduque contaba, no se creía seguro ni en Madrid ni en su comarca. Su cuartel general nunca lo pudo situar en punto fijo, llevándolo de Canillejas al Pardo, de aquí á Villaverde y de Villaverde á Cienpueuelos.

Los soldados nunca salían solos, sino en partidas numerosas, so pena de ser sacrificados.

Al trasladarse Felipe V á Valladolid dejó encomendada á don José Vallejo, coronel de dragones, una mision importante, que éste, por sus condiciones especiales, supo desempeñar admirablemente. Era la tal mision que, con un grueso destacamento de hombres que él supo escoger todos á propósito para el objeto, se dedicase constantemente á hostigar á los enemigos, recorriendo las comarcas de las provincias de Madrid y Guadalajara, sin parar jamas en punto fijo, ni dar á entender dónde iba, acosando y llevando el terror á las tropas de los aliados.

Era, en una palabra, el tipo de esos guerrilleros que en todos tiempos ha producido España en sus guerras.

Cortó las comunicaciones de Madrid con Aragon y Cataluña, é interceptando la correspondencia, se ponía al corriente de los planes de los confederados, de lo cual daba conocimiento inmediatamente á Felipe V. Tan pronto se le veía en la Mancha como apareciendo en tierra de Cuenca, ora sorprendiendo algun pequeño cuerpo de los aliados en los bosques del Pardo, ora asaltando algun destacamento del enemigo y apoderándose de equipajes, municiones ó víveres; y hubo ocasion de llegar á embestir cuerpos de consideracion, realizando mayores empresas, como sucedió cerca de Alcalá, donde desbarató uno de tres mil hombres, mandado por el mismo general Stanhope.

En los puertos de Guadarrama se levantó al mismo tiempo otra partida capitaneada por D. Feliciano de Bracamonte, con análoga mision á la de Vallejo.

Dícese que tanto aquél como éste habían recibido sus instrucciones del mismo rey Felipe.

Posible es; mas creemos que estos eran rumores que se esparcian entre las gentes sencillas para darles más autoridad y para que fuesen más respetados.

Lo que sí es de creer, que estaban apoyados por algunos magnates, y así se comprende la facilidad con que allegaban recursos para sus expediciones arriesgadas, y la celeridad con que engrosaban sus filas estos dos guerrilleros.

Como Viriato en tiempo de la antigua Roma, como en nuestro siglo Mina, el Empecinado, el Abuelo y otros muchos, Vallejo y Bracamonte tuvieron en el último período de la guerra de Sucesion, que vamos reseñando, una importancia que no puede desconocerse. Ellos, hostigando incesantemente al enemigo, le impedían que pudiese echar raíces en el riñon de España, imposibilitando que el Archiduque pudiera afirmarse en la corte. Ellos alentaban á los paisanos y mantenían vivo el entusiasmo en los pueblos con sus hechos extraordinarios, á la par que el odio que abrigaban contra la casa de Austria.

Cuéntanse algunas fechorías del Bracamonte que repugnan por la barbarie con que fueron llevadas á cabo, pero que dan una muestra del espíritu que reinaba contra los extranjeros, tales como la de fingirse amigos y llevarlos á casas y alojamientos, donde los embriagaban para asesinarlos despues á mansalva; y estos hechos se reproducían con frecuencia, no sólo en Madrid y en Toledo, sino donde quiera que se hallase algun destacamento de tropas extranjeras.

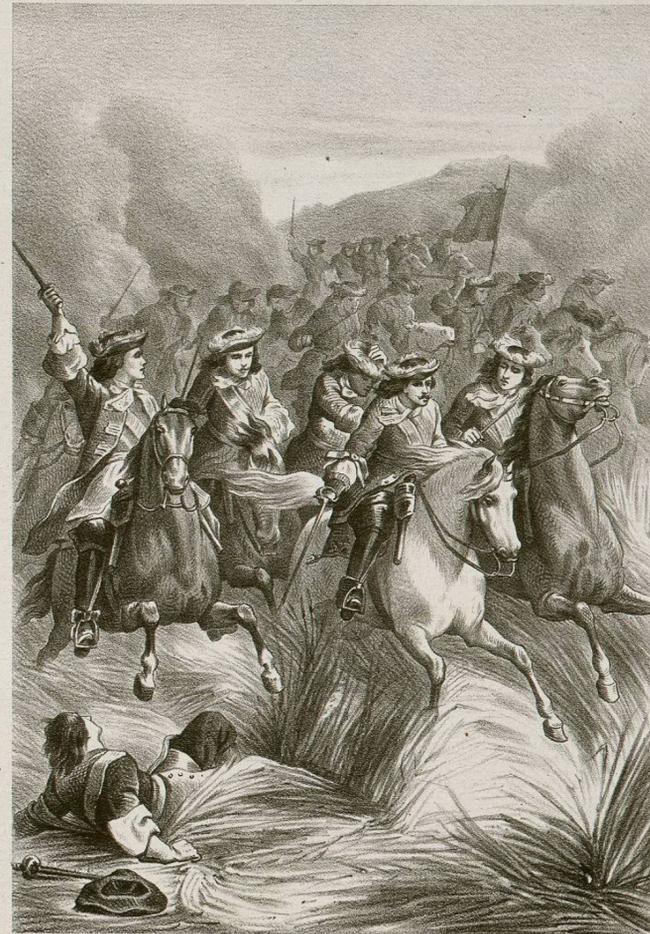
Compréndese perfectamente que sostenida de este modo la animadversion que inspiraba á los castellanos la dominacion del austriaco, fuese cada vez más ardiente y viva la adhesion y el amor que sentían por Felipe V, en quien cifraban toda su esperanza, y en quien veían el único remedio á tantas desdichas y á tanta miseria como venían aniquilando nuestra patria desde luengos años.

Una vez Felipe V en Valladolid, se dedicó con ahinco á reponer su ejército, tan mal parado desde la batalla de Zaragoza.

Fué lo primero que hizo escribir á su abuelo Luis XIV para que le auxiliara en lo que pudiera, y ya que no tropas, le enviara al duque de Vendome ó al de Berwick.

La mayor parte de la nobleza española, que le era adicta y le había seguido á Valladolid, también hizo al monarca frances igual ruego en una carta escrita el 19 de setiembre de 1710, y que llevaba al pie la firma de treinta y tantos nobles de los que constituían la principal grandeza de España, y á cuyo frente figuraba el conde de Frigiliana, al cual se atribuyó la redaccion de aquella carta. En ella le pedían con vivas instancias que les mandase socorros con la brevedad que el caso requería; y le hacían al mismo tiempo las más expresivas protestas de amor y de adhesion á su Rey. Esta carta fué escrita á excitacion de la princesa de los Ursinos, que, como ya sabemos, tan hábilmente había sabido atraerse á la causa de los Borbones la grandeza española.

El rey de Francia envió al de Vendome juntamente con Noailles y el marqués de Toy.



BATALLA DE VILLAVICIOSA.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.